EL MINISTERIO SACERDOTAL, FUENTE DE ALEGRÍA SEGÚN S. JUAN DE ÁVILA

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v52i179.673>

Autor: Mons. Manuel Sánchez Monge. Obispo de Mondoñedo-Ferrol.

El ejercicio del ministerio sacerdotal es, pese a las fatigas, fuente de alegría que atrae. Así lo percibe S. Juan de Ávila. Porque la inclinación del hombre al deleite sólo se puede saciar en Dios. Mediante la caridad pastoral se genera la alegría en los sacerdotes, se asemejan a Dios-Amor.

ESTUDIOS

El *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* recuerda que “el ministerio sacerdotal es una empresa fascinante, pero ardua, siempre expuesta a la incomprensión y a la marginación; sobre todo hoy día, el sacerdote sufre con frecuencia la fatiga, la desconfianza, el aislamiento y la soledad”¹. Tenemos la impresión de que realmente termina un ciclo cultural en que la fe cristiana se vivía y se transmitía de forma casi espontánea tanto en la familia, como en la escuela y en la sociedad. Hoy, sin embargo, nuestros esfuerzos catequéticos, prolongados y fatigosos, no conducen en muchas ocasiones a que los jóvenes vivan su fe de manera

¹ CONGREGACION PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, n° 37.

convencida en el seno de una comunidad cristiana. Lo que venimos haciendo pastoralmente, ya no es suficiente. En este contexto, nos resulta difícil desprendernos de actitudes y esquemas del pasado. Acostumbrados a presentar la fe a personas que la aceptaban sin dificultad, no sabemos cómo anunciar a Jesucristo a los indiferentes. La tarea de evangelizar la sociedad actual nos parece ocasionalmente incluso excesiva y desproporcionada para nuestras fuerzas escasas. Y sin embargo, tenemos la experiencia de que Jesucristo es para nosotros manantial de agua fresca y limpia cuando los hombres de hoy pretenden beber en charcos de agua contaminada.

Nos encontramos ante el desafío nada fácil de establecer una relación armónica entre el ejercicio del ministerio sacerdotal que, no pocas veces, nos proporciona dificultades, fatigas, desilusiones, crisis y sufrimientos, por un lado y, por otro, la alegría como aspiración y como necesidad inevitable de todo ser humano y, más precisamente, la alegría cristiana como don de gracia y, a la vez, como tarea que el Señor confía a todos. Hoy más que nunca los presbíteros necesitan recuperar alegría e ilusión, por dentro y por fuera, en su ser y en su quehacer, en el corazón de cada uno y en la convivencia fraterna. Sin embargo, la verdadera alegría no se compra a golpe de tarjeta de crédito. Ni se confunde con el entusiasmo estrepitoso producto del alcohol ingerido con voracidad. No es placer instintivo, aunque se experimenta placenteramente. La auténtica alegría es interior y trasfigura la realidad. Ahuyenta los miedos y aumenta la confianza en uno mismo, en los demás y en el Señor. La alegría es más que la diversión porque no se queda en la superficie de la vida sino que apunta a la profundidad de la misma. Tampoco podemos identificarla con el sentido del humor ya que se puede carecer de él y, sin embargo, ser alegre; aunque ciertas dosis de humor ayudan a mantener el gozo. La alegría no se ve, pero se percibe; es expansiva y beneficiosa; atrae irresistiblemente; cura y transforma... No existe calidad de vida sin alegría espiritual. Nuestro gozo cristiano y sacerdotal es un estado de ánimo lúcidamente sosegado, fruto del don de Dios y de nuestro esfuerzo de conversión. Porque nada profundo y duradero se hace en la Iglesia sin el esfuerzo de una conversión sincera. Y somos conscientes de que el gozo de mayor calidad no es el que procede de un golpe de fortuna, sino que proviene de lograr algo ardientemente deseado y muy trabajado. “Más segura es la alegría que viene después de la tristeza que no la que viene sin haber precedido

tristeza al gozo... Guardaos del gozo que no nace de la verdadera alegría; tenedle por sospechoso”, advierte S. Juan de Ávila².

Olegario G. de Cardedal ha reclamado con urgencia redescubrir lo que él llama la divina y la humana grandeza de ser cura: “Hay que redescubrir la divina grandeza de ser cura, al recibir la confianza de Cristo para reflejar su filiación personal, prolongar su voz evangélica y formar su comunidad eclesial. Hay que redescubrir la humana grandeza de ser cura, incluso en perspectiva social, al ser expresión de unos bellos ideales: solidaridad, servicio, concordia, colaboración y esperanza entre los hombres. Han pasado los años de crisis patológicas sobre la identidad del sacerdote. Dificultades hay siempre. La fidelidad madura en la prueba... La grandeza de una vocación teológica no se mide por el eco que una cultura, política o sociedad le otorguen, sino por su valor propio”. Necesitamos el gozo y la alegría, y, en cambio, “la sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos”³.

Vamos a estudiar la alegría en San Juan de Ávila. En un principio puede parecer una osadía. “Hurtad el cuerpo a todo lo que os pide deleite, devoción, gusto y sabor, y no lo procuréis hasta que Dios os lo dé, y ejercitaros en un puro padecer a secas por Cristo en vuestra lección y oración, penitencias, confesiones, comuniones y obediencias”, recomendaba nuestro santo⁴. Textos como éste le han dado fama, al parecer bien ganada, de austero, penitente, serio.... En definitiva, que no destacaría precisamente por su alegría y que no espera nadie que en su magisterio la alegría ocupe un lugar importante. Sin embargo, espero mostrar que esa visión no se corresponde con la realidad de su vida y su doctrina.

Por otra parte, la situación que le toca vivir a nuestro santo es semejante a la nuestra. También era postconciliar y “muchos son los frentes—como él mismo dice— y muy gastada estaba la cristiandad”. En una situación de ‘turbulencias’ donde no faltaban retos exteriores a la Iglesia y

² S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 62: Obras Completas* [en adelante OC] (Nueva edición crítica) BAC, Madrid 2000-2003, III, 381.

³ PABLO VI, *Gaudete in Domino* (1975).

desafíos dentro de la misma, Juan de Ávila representa la opción por una mayor espiritualidad en la vida eclesial y, más en concreto, en la vida de los pastores. Mira la situación de la Iglesia de su tiempo con profundo dolor porque la ama entrañablemente y la reforma que encabeza apuesta por la primacía del Espíritu y lo interior superando lo puramente legal y exterior⁵. “En efecto, en un momento histórico lleno de controversias y de cambios profundos, Juan de Ávila –recuerda Juan Pablo II– supo hacer frente con entereza a los grandes desafíos de su época, de la manera que sólo los hombres de Dios saben hacer: afianzándose incondicionalmente en Cristo, lleno de amor por los hermanos e impaciente por hacerles llegar la luz del Evangelio. Ese fue el misterio de su inmensa actividad apostólica, de su amplia producción literaria y de su creatividad en la tarea de evangelizar a todos los sectores de la sociedad. El ejemplo de su vida, su santidad, es la mejor lección que sigue impartiendo a los sacerdotes de hoy, llamados también a dar nuevo vigor a la evangelización en circunstancias que frecuentemente desconciertan por la rapidez de las transformaciones o la diversidad casi inabarcable de mentalidades y culturas, a veces entremezcladas en un mismo ambiente. El nos enseña que hay una cultura del espíritu desde la cual mana serenidad y clarividencia necesarias para abordar las más intrincadas situaciones personales y pastorales, ayudando a distinguir los aspectos efímeros y superficiales de aquellos que señalan lo que verdaderamente dice el Espíritu a la Iglesia de hoy (Cf. TMA 23)”⁶.

Espigando entre sus sermones, cartas, tratados, etc... se puede componer una enseñanza rica en contenido y provechosa también para nosotros por estar basada en la experiencia sobre el verdadero gozo del cristiano y, más concretamente, del sacerdote.

⁴ S. JUAN DE ÁVILA *Carta* 184, IV, 612.

⁵ Cf. J. DEL RÍO, *Santidad y pecado en la Iglesia. Hacia una eclesiología de San Juan de Ávila*, Córdoba 1986, 235ss. También J. DEL RÍO, *Espiritualidad sacerdotal en los escritos de San Juan de Ávila* en CEC, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio*, Edice, Madrid 1987, 537-582.

⁶ JUAN PABLO II, *San Juan de Ávila, aliento y luz para los sacerdotes de hoy*. Mensaje a los participantes en el Encuentro del Clero español en Montilla, 10.5.200: *Ecclesia* 3001-3002 (17 y 24 de junio de 2000) 11-12.

1. “Nuestra inclinación es a tener descanso y deleite”

S. Juan de Ávila se muestra conocedor profundo y realista del corazón humano cuando afirma: “Conociendo tú, Señor sapientísimo, como criador nuestro, que nuestra inclinación es a tener descanso y deleite, y que un ánima no puede estar mucho tiempo sin buscar consolación, buena o mala, nos convidas, por los santos deleites que en ti hay, para que no nos perdamos por buscar malos deleites en las criaturas”⁷. En definitiva, que la alegría es una necesidad del ser humano y éste no puede vivir largo tiempo sin ella. En este mismo sentido se expresaba el Papa Juan Pablo II cuando decía a los jóvenes en Toronto: “El hombre está hecho para la felicidad. Por tanto, vuestra sed de felicidad es legítima. Cristo tiene la respuesta a vuestra expectativa. Con todo, os pide que os fiéis de El. La alegría verdadera es una conquista, que no se logra sin una lucha larga y difícil. Cristo posee el secreto de la victoria. [...] La tumba del Calvario se ha convertido en la cuna de la Humanidad nueva en camino hacia la felicidad verdadera”⁸. Ningún ser humano –tampoco el sacerdote– puede vivir sin alegría.

Creo que cuando tendemos a permanecer en el cansancio y la fatiga de ser cristianos y de ser sacerdotes en un ambiente hostil como nos sucede hoy, es bueno acoger y dar respuesta a esta “nuestra inclinación a tener descanso y deleite”. No somos superhombres. Nuestra sed de felicidad y de alegría verdadera es legítima y reclama satisfacción en las fuentes de agua viva. “El Señor, nos recuerda el Maestro Ávila, no es amigo de nuestras penas, sino sólo de nuestros amores”⁹.

Más aún, de hecho uno de los grandes peligros en la vida espiritual, hoy como ayer, es lo que el Maestro Ávila denomina “desesperación y caimiento del corazón”¹⁰. Y “cuando este vigor y alegría falta, es cosa digna de compasión ver lo que pasan las personas que andan en el camino de Dios, llenos de tristeza desaprovechada, aheleados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, y con tan poca confianza de la misericordia de Dios que por poco tenían

⁷ S. JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia (II)* [=AF], 9: OC I, 559.

⁸ JUAN PABLO II, *Fiesta de acogida de los jóvenes*, Toronto 25.7.2002.

⁹ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 39*: OC IV, 208.

¹⁰ S. JUAN DE ÁVILA, *AF 23*: OC I, 585.

ninguna”¹¹. Porque “el corazón malo da tristeza, y de ésta nace la desconfianza, y otros males con ella”¹². “La tibieza —advierte en otra ocasión— es la madre de la tristeza, del temor, madre del desasosiego, del desconsuelo”¹³. En cambio, recomienda la alegría espiritual que han practicado y enseñado los grandes santos: “San Antón, hombre experimentado en las espirituales guerras, solía decir que la alegría espiritual es admirable y poderoso remedio para vencer a nuestros enemigos... De San Francisco se lee que reprendía a los santos que veía andar tristes y mustios... Y de santo Domingo se lee parecer en su faz una alegre serenidad, que daba testimonio de su alegría interior, la cual suele nacer del amor del Señor, y de la viva esperanza de su misericordia”¹⁴.

La felicidad y el gozo verdadero a los que aspira todo ser humano —también el sacerdote— sólo en Dios se pueden saciar plenamente. Así lo recuerda S. Juan de Ávila: “Que si al mismo Dios no conoce bien tu entendimiento, no puede ser harto; y si al mismo no ama la voluntad, no puede tampoco contentarse; hambrienta se queda”¹⁵. Y a continuación enuncia una certeza de nuestra fe que muchas veces pasamos por alto: “Dios de alegría es, hermanos, no de tristeza; Dios de consuelo tenemos. Lleguemos al altar de Dios, a la cruz de Jesucristo”¹⁶.

En nuestros días el Hermano Roger de la comunidad de Taizé, de amada memoria, escribió en una de sus Cartas: “Es el Resucitado quien enciende una fiesta continua en el corazón, en el interior de la persona que cree, espera y ama”. Por todo esto no es de extrañar que constate el Maestro Ávila: los amigos de Dios “en grande libertad viven, y grande razón tienen para estar contentos”¹⁷. Difícil, pues, compaginar la amistad con Dios y la tristeza. Para el cristiano, servir a los demás es fuente de alegría. ¡Cuánto más un servicio cualificado como es el ministerio sacerdotal!: “Alegría es servir por amor, no constreñidos, sino voluntariamente por Dios y que seáis esclavos de Dios por amor”¹⁸.

¹¹ S. JUAN DE ÁVILA, *AF* 23: OC I, 587.

¹² S. JUAN DE ÁVILA, *AF* 23: OC I, 588.

¹³ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 62: OC III, 838.

¹⁴ S. JUAN DE ÁVILA, *AF* 23: OC I, 587.

¹⁵ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 46: OC III, 606.

¹⁶ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 38: OC III, 519.

¹⁷ S. JUAN DE ÁVILA, *Comentario a Gálatas*, n. 5: OC II, 94.

¹⁸ S. JUAN DE ÁVILA, *Comentario a Juan I*, lec. 9^a: OC II, 184.

2. Contemplemos el rostro gozoso de Cristo

El autor de Hebreos nos invita a mirar el rostro de Cristo: “También nosotros... corramos con perseverancia en la carrera que se nos abre por delante, *con los ojos fijos en Jesús*, autor y perfeccionador de la fe, *el cual, animado por el gozo que le esperaba, soportó la cruz sin cobardía* y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Pensad atentamente en aquel que soportó en su persona tanta hostilidad de parte de los pecadores, a fin de que no os dejéis abatir por el desaliento” (Hb 12,1-3). Fijar la mirada en Cristo es el origen, la fuerza y el estímulo permanente de la misión de la Iglesia y, en ella, de toda nuestra actividad espiritual y pastoral. No dejemos de mirar a Cristo, porque ésta, y no otra, es la perspectiva central que cualifica nuestra espiritualidad e, inseparablemente, nuestro ejercicio pastoral o ministerial. En la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* el Papa nos recuerda que “los discípulos se alegraron de ver al Señor” (Jn 20,20) y nos invita a contemplar el rostro de Cristo resucitado:

“La Iglesia mira ahora a Cristo resucitado. [...] En el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría. “*Dulcis Iesu memoria, fons vera cordis gaudia*”: ¡cuán dulce es el recuerdo de Jesús, fuente de verdadera alegría del corazón! La Iglesia, animada por esta experiencia, retoma hoy su camino para anunciar a Cristo al mundo, al inicio del tercer milenio: Él “es el mismo ayer, hoy y siempre” (Hb 13,8)”¹⁹.

Situémonos ante Cristo Señor en una relación muy concreta, personal y viva: una relación que implique mente, corazón y alma. Es el mismo Jesucristo quien nos introduce en el secreto de su alegría. Lo hace otorgándonos la posibilidad -la gracia- de comprender de manera sencilla y clara la íntima naturaleza de la alegría cristiana, una alegría que nace y crece únicamente de la unión con El. “En su esencia -ha escrito Pablo VI- la alegría cristiana es participación espiritual en la alegría insondable, divina y humana, al mismo tiempo, que hay en el corazón de Jesucristo glorificado”. Entre las ‘*Reglas de espíritu*’ de S. Juan de Ávila se encuentran diversas listas de consejos y avisos. Una de ellas lleva por título ‘*Diez documentos*’ de los que “el primero será que trabaje siempre de acordarse que nuestro Señor Dios, trino en personas y uno en esencia, está en todo

¹⁹ JUAN PABLO II, *NMI*, 20.

lugar, y en su corazón, y dondequiera que se hallare; y así trabaje de estar con mucha reverencia estando presente tan gran Señor; y, acordándose de El, tenga en su voluntad un gozo y querer con que esté muy contento y alegre de que este Señor está tan lleno de gloria como nuestra fe nos dice”²⁰.

La contemplación del rostro de Cristo nos introduce en el secreto de su alegría porque nos abre al ‘misterio’ mismo de su persona, de su ser ‘verdadero Dios y verdadero hombre’. Por otra parte, la contemplación del rostro gozoso de Cristo nos permite captar también, en su entera verdad, la alegría humana. Desde la encarnación del Verbo, la mirada a Cristo se refracta en una mirada al hombre y su misterio: “Cristo... en la misma revelación del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación”, enseña el Concilio Vaticano II (GS 22). Sólo en el misterio de Cristo la alegría humana puede conocer y vivir su plena y auténtica verdad.

3. Las alegrías humanas de Cristo

Cristo, verdadero hombre, ha experimentado la alegría auténticamente humana. Lo expresa muy bien el Papa Pablo VI en la encíclica mencionada: “Hagamos ahora un alto para contemplar la persona de Jesús, en el curso de su vida terrena. Él ha experimentado en su humanidad todas nuestras alegrías. Él, palpablemente, ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas, de esas alegrías sencillas y cotidianas que están al alcance de todos. La profundidad de su vida interior no ha desvirtuado la claridad de su mirada, ni su sensibilidad”²¹. “Estas alegrías humanas tienen para Jesús tanta mayor consistencia en cuanto son para él signos de las alegrías espirituales del Reino de Dios [...] Su felicidad mayor es ver la acogida que se da a la Palabra, la liberación de los poseos, la conversión de una mujer pecadora y de un publicano como Zaqueo, la generosidad de la viuda. Él mismo se siente inundado por una gran alegría cuando comprueba que los más pequeños tienen acceso a la Revelación del Reino, cosa que queda escondida a los sabios y prudentes. Sí,

²⁰ S. JUAN DE ÁVILA, *Reglas de espíritu*, n. 3: OC II, 848-849.

²¹ PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

‘habiendo Cristo compartido en toda nuestra condición humana, menos en el pecado’, él ha aceptado y gustado las alegrías afectivas y espirituales, como un don de Dios”²².

Recuerda también Pablo VI que es “necesario un esfuerzo paciente para aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente, ha sido a partir de éstas como Cristo ha anunciado el Reino de los Cielos”²³. Este aprendizaje es de primera necesidad también para el sacerdote que ha de convertirse en maestro para sus fieles.

Pero las alegrías humanas son siempre imperfectas, frágiles y quebradizas: “Por una extraña paradoja, la misma conciencia de lo que constituye, más allá de todos los placeres transitorios, la verdadera felicidad, incluye también la certeza de que no hay dicha perfecta. La experiencia de la finitud, que cada generación vive por su cuenta, obliga a constatar y a sondear la distancia inmensa que separa la realidad del deseo de infinito”²⁴. Con certera contundencia había afirmado siglos antes el Maestro Ávila: “El gozo que se toma de las criaturas es breve, vano, sucio y mezclado con dolor. Más en el que en Ti, Señor, hay, ¿qué falta o brevedad puede haber? Si Tú, con las infinitas fuerzas que tienes no gozases de Ti mismo, quedaría el deleite que hay en Ti quejoso, por no hacer quien goce de él cuanto hay que gozar”²⁵. Llenarnos de cosas, víctimas del ambiente consumista, no es hallar la verdadera riqueza ni la felicidad auténtica; éstas consisten más bien en tener a Dios con nosotros, aunque nos falte todo lo demás: “Más quiero tener a Dios aunque todo lo otro me falte. Porque tener todas las cosas que no eres tú, más es trabajo y carga que ver-

²² PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

²³ PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

²⁴ PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

²⁵ S. JUAN DE ÁVILA, AF 9: OC I, 557-558.

dadera riqueza; mas ser Dios nuestro y nosotros suyos, es alegría del corazón, porque El es el bien verdadero”²⁶. En una de sus cartas advierte una experiencia muy común: se puede reír por fuera y estar triste por dentro: “¡Triste de aquel que anda atemorizado con su mala vida y a sombra de tejados, huyendo de Dios y no queriendo que viniese la hora de parecer delante del Señor! Porque este tal, aunque se ría con el cuerpo y aunque dé a su carne lo que desea, nunca siente placer, por el gusano del corazón que le está siempre royendo”²⁷. “Son los deleites que en Dios hay tan de tomo, que todos los de las criaturas que se junten en uno, son una verdadera hiel en comparación con ellos”²⁸, escribe en otra ocasión. “Bienaventurado, hermanos, el corazón donde Dios por amor se aposenta”, predicaba también el Maestro a sus fieles²⁹.

Pretender vivir de componendas, querer encender al mismo tiempo una vela a Dios y otra al diablo, no proporciona ni alegría, ni paz en el corazón, sino tristeza y desconsuelo: “¿Quieres cumplir con Dios y con el mundo? Nunca tendrás día de alegría. No tendrás descanso ni reposo en el corazón. Nunca te faltarán mil sobresaltos, mil tristezas y desconsuelos”³⁰. Con una palabra muy castellana nos señala el camino para hallar la verdadera alegría: arrimarse a Dios: “¿Qué remedio para no estar triste? Arrimaos a Dios. ¿Cómo queréis vos descansar estando arrimados a una nave que nunca esta quieta? Si estás arrimado a tu corazón y lleno de tu propia voluntad y antojo, ¿cómo has de descansar? Arrimaos a Dios. Subios al cielo donde no llegará tormenta de trabajos. Poned vuestra esperanza en Dios”³¹. Y arrimarse a Dios no es otra cosa, al fin y a la postre, que cumplir su voluntad: “Otro gozo ni descanso hay sino en que se cumpla la voluntad de Dios en nosotros, y la consolación verdadera en gozarnos en la voluntad de Dios, aunque nos desconsuele”³².

Por fin, su experiencia le dicta que antes de experimentar la verdadera alegría hemos de sufrir un auténtico desengaño: “Ninguno que no esté desengañado, puede tener verdadera alegría, pues aunque le parece que

²⁶ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 58*: OC IV, 270.

²⁷ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 95*: OC IV, 398.

²⁸ S. JUAN DE ÁVILA, *AF 9*: OC I, 557.

²⁹ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 23*: OC III, 282.

³⁰ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 62*: OC III, 837.

³¹ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 18*: OC III, 237.

³² S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 51*: OC IV, 252.

ve, es vista de tierra y no lumbre de cielo. Tras el desengaño viene la cura de raíz”³³. Porque “el mundo tiene los principios sabrosos y los dejos amargos, nuestro Señor tiene los principios amargos y los dejos sabrosísimos”³⁴.

4. La absoluta novedad de la alegría de Cristo

Pero ¿cuál es el ‘secreto’, la absoluta novedad y la originalidad más genuina de la alegría que Jesús lleva dentro de sí y que nada ni nadie le puede arrebatar? Demos ahora un paso más para adentrarnos en la singularidad de Cristo. “Si Jesús irradia esa paz, esa seguridad, esa alegría, esa disponibilidad, se debe al amor inefable con que se sabe amado por su Padre. Después de su bautismo a orillas del Jordán, este amor, presente desde el primer instante de su Encarnación, se hace manifiesto: “Tu eres mi hijo amado, mi predilecto”. Esta certeza es inseparable de la conciencia de Jesús. Es una presencia que nunca lo abandona. Es un conocimiento íntimo el que lo colma: “El Padre me conoce y yo conozco al Padre”. Es un intercambio incesante y total: “Todo lo que es mío es tuyo, y todo lo que es tuyo es mío”. El Padre ha dado al Hijo el poder de juzgar y de disponer de la vida. Entre ambos se da una inhabitación recíproca: “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí”. En correspondencia, el Hijo tiene para con el Padre un amor sin medida: “Yo amo al Padre y procedo conforme al mandato del padre”. Hace siempre lo que place al Padre, es ésta su “comida”.

Su disponibilidad llega hasta la donación de su vida humana y su confianza hasta la certeza de recobrarla: “Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida, bien que para recobrarla”. En este sentido, él se alegra de ir al Padre. No se trata, para Jesús, de una toma de conciencia efímera: es la resonancia, en su conciencia de hombre, del amor que él conoce desde siempre, en cuanto Dios, en el seno de Padre: “Tú me has amado antes de la creación del mundo”. Existe una relación incommunicable de amor, que se confunde con su existencia de Hijo y que constituye el secreto de la vida trinitaria: el Padre aparece en ella como el que se da al Hijo,

³³ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 39*: OC IV.

³⁴ S. JUAN DE ÁVILA, *Comentario a la 1ª de Jn, lección 14*: OC II, 226.

sin reservas y sin intermitencias, en un palpar de generosidad gozosa, y el Hijo, como el que se da de la misma manera al Padre con un impulso de gozosa gratitud, en el Espíritu Santo”³⁵.

La contemplación del misterio de la alegría de Cristo no puede menos de suscitar en nosotros sentimientos de maravilla, estupor, admiración, gratitud, alabanza. Vivamos estos sentimientos con intensidad y sin complejos, pues lo necesitamos. “No hay ánima que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quién es Jesucristo, no baste a levantarla de la tristeza y desconfianza y henchirla de gozo si ella se quiere aprovechar”³⁶.

5. Llamados a participar en la alegría de Cristo

Cristo no quiere retener su alegría como algo de su exclusiva propiedad y disfrute, sino que desea compartirla con sus discípulos. Hay muchos testimonios de esto recogidos en el Evangelio. Cito uno nada más, pero muy significativo: “Os he dicho esto para que participéis de mi alegría y vuestra alegría sea plena” (Jn 15,11).

“Quiere el Señor que os arriméis a El y os gocéis en El, y que pongáis vuestras llagas en las suyas, para que quedéis sana y consolada, por recias y sensibles que sean las vuestras”, escribe S. Juan de Ávila a una señora y nos lo recomienda a todos³⁷. “¿Quién no estará alegre y contento acordándose de Jesucristo?, pregunta con aire retórico predicando en cierta ocasión³⁸. Y en un sermón anterior había afirmado sin vacilar: “Grande medicina, grande consuelo para desconsolados, es acordarse siempre de Jesucristo y tenerlo en la memoria”³⁹. El nacimiento de Jesús no fue exclusivamente un gran gozo para su Madre, sino para todos los que creen en él en el transcurso del tiempo: “¿Y quién puede oír que la Virgen tiene en sus brazos a Jesucristo, que no se regocije? Fue hecho gozo no solamente para la Virgen, sino para todos los que lo oyeren”⁴⁰.

³⁵ PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

³⁶ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 44*: OC IV, 225.

³⁷ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 139*: OC IV, 486.

³⁸ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 49*: OC III, 642.

³⁹ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 38*: OC III, 514.

⁴⁰ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 4*: OC III, 66-67.

La alegría cristiana es alegría pascual. Para mostrar una obediencia íntegra y filial al Padre, Jesús acepta morir en la cruz. Pero el Padre no permite que la muerte lo retenga bajo su poder. Lo resucita, sellando así el valor del sacrificio de la cruz y testimoniando su fidelidad a la plegaria que el Hijo le había hecho antes de morir: “Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique” (Jn 17,1). La alegría que nos trae el Resucitado es una alegría herida que porta las marcas de sus llagas gloriosas: los discípulos se alegraron mucho al ver al Señor. En Cristo podemos saltar de gozo aunque tengamos que sufrir por algún tiempo pruebas diversas (Cf. 1 Pe 3,1-9).

“Misteriosamente, Cristo mismo, para desarraigar del corazón del hombre el pecado de suficiencia y manifestar al Padre una obediencia filial y completa, acepta morir a manos de los impíos, morir sobre una cruz. Pero el Padre no permitió que la muerte lo retuviese en su poder. La resurrección de Jesús es el sello puesto por el Padre sobre el valor del sacrificio de su Hijo; es la prueba de la fidelidad del Padre, según el deseo formulado por Jesús antes de entrar en su pasión: “Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique”. Desde entonces Jesús vive para siempre en la gloria del Padre y por esto mismo los discípulos se sintieron arrebatados por una alegría imperecedera al ver al Señor, el día de Pascua.

Sucede que, aquí abajo, la alegría del Reino hecha realidad, no puede brotar más que de la celebración conjunta de la muerte y resurrección del Señor. Es la paradoja de la condición cristiana que esclarece singularmente la de la condición humana: ni las pruebas, ni los sufrimientos quedan eliminados de este mundo, sino que adquieren un nuevo sentido, ante la certeza de compartir la redención llevada a cabo por el Señor y de participar en su gloria.

Por eso el cristiano, sometido a las dificultades de la existencia común, no queda sin embargo reducido a buscar su camino a tientas, ni a ver la muerte el fin de sus esperanzas. En efecto, como yo lo anunciaba el profeta: “El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierra de sombras y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo”. El *Exsultet* pascual canta un misterio realizado por encima de las esperanzas proféticas: en el anuncio gozoso de la resurrección, la pena misma del hombre se halla transfigurada, mientras que la plenitud de la alegría surge de la victoria del Crucificado, de su Corazón traspasado, de

su Cuerpo glorificado y esclarece las tinieblas de las almas”: “*Et nox illuminatio mea in deliciis meis*”⁴¹.

Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor Resucitado (Jn 20,20). Se trata de esa alegría enorme que brota del ‘no me lo puedo creer’: “Y como todavía no creían, por la alegría, y estaban sorprendidos...” (Lc 24,41). La alegría pascual es alegría por el triunfo del Señor. Y es reconocimiento de que, con el Señor, también nosotros, de alguna manera, hemos triunfado. La muerte y el pecado no pueden ejercer ya su soberanía sobre nosotros. Más aún, el evangelio de S. Juan insiste en que, al recibir el Espíritu, la alegría misma de Jesús es nuestra alegría: “Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado” (Jn 15,1). ¿De dónde procede la alegría de Jesús? De su obediencia filial al Padre por medio de la cual Él le glorifica. En el despojo de Jesús, en su vaciamiento obediente que pone al Padre por encima de cualquier gusto, opinión, intención o deseo, e incluso enteramente por encima de sí mismo, nos muestra Jesús cómo se vive la verdadera filiación. Esa es la alegría que quiere compartir con nosotros: no sólo la alegría externa, sino compartir su estilo de vida. “Si me amarais os alegraríais de que me fuera al Padre” (Jn 14,28). “Pero ahora voy a ti, y digo esto estando en el mundo, para que tengan ellos mi alegría plena” (Jn 17,13).

La alegría del discípulo de Cristo no se viene abajo con las contradicciones y es una alegría exigente: “Esta alegría de estar dentro del amor de Dios comienza ya aquí abajo. Es la alegría del Reino de Dios. Pero es una alegría concedida a lo largo de un camino escarpado, que requiere una confianza total en el Padre y en el Hijo, y dar una preferencia a las cosas del Reino. El mensaje de Jesús promete ante todo la alegría, esa alegría exigente; ¿no se abre con las bienaventuranzas? “Dichosos vosotros los pobres, porque el Reino de los cielos es vuestro. Dichosos vosotros lo que ahora pasáis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos vosotros, los que ahora lloráis, porque reiréis”⁴². Los cristianos en medio de las tribulaciones “parecen de fuera tristes y trabajados, y andan de dentro siempre gozosos”⁴³. Porque “aunque mirando a sí mismos, hayan por qué llorar, mirando a la bondad divina, en la cual confían que son

⁴¹ PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

⁴² PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

⁴³ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 69*: OC III, 931.

amados... destierran de sí toda desconfianza y aflicción de vana tristeza”⁴⁴.

Tras dos años de prisión a causa del Tribunal de la Inquisición, Juan de Ávila es declarado inocente y puesto en libertad. Esta dolorosa experiencia le sirve, según su amigo y biógrafo Fr. Luis de Granada, para “darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo... y por eso tenía él por dichosa aquella prisión, pues por ella aprendió en pocos días más que en todos los años de su estudio”. En uno de sus sermones, le dice confidencialmente a Dios comentando a Jeremías (17,16): “Tú, Señor, lo sabes. No me turbaron las palabras de los que de mí murmuraban, de los que mal sentían y decían de mí y de los que me contradecían porque yo te seguía a Ti, Pastor bueno, Pastor amoroso. Después que te seguí no deseé cosas de este mundo; no busqué favores de hombre ni riquezas que los hombres suelen desear; ni otra cosa que, según hombre, pudiera procurarme y desear. Tú, Señor, lo sabes que digo verdad, cuán de buena gana dejé todo lo que tenía y todo lo que pudiera tener por seguirte a Ti, Señor mío, Pastor mío, Bien mío”⁴⁵.

Y en una de sus cartas se atreve a interpretar los trabajos del apóstol en la cruz del Señor como alegre descanso: “No agrada a Dios que nuestra alma en otra parte descansa ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor. Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas”⁴⁶.

6. El Espíritu Santo, origen de la alegría cristiana

“La alegría pascual no es solamente la de una transfiguración posible: es la de una nueva presencia de Cristo resucitado, dispensando a los suyos el Espíritu, para que habite en ellos. Así el Espíritu Paráclito es dado a la Iglesia como principio inagotable de su alegría de esposa de Cristo glorificado [...] Él hace de nosotros su morada, *dulce huésped del alma*. Con él habitan en el corazón del hombre el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo

⁴⁴ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 69*: OC III, 932.

⁴⁵ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 77*: OC III, 1039.

⁴⁶ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 58*: OC IV, 269.

suscita en el corazón humano una plegaria filial impregnada de acción de gracias, que brota de lo íntimo del alma, en la oración y se expresa en la alabanza, la acción de gracias, la reparación y la súplica.

Entonces podemos gustar la alegría propiamente espiritual, que es fruto del Espíritu Santo, consiste esta alegría en que el espíritu humano halla reposo y una satisfacción íntima en la posesión de Dios Trino, conocido por la fe y amado con la caridad que proviene de él. Esta alegría caracteriza por tanto todas las virtudes cristianas, y hace que las pequeñas alegrías humanas que constituyen en nuestra vida como la semilla de una realidad más alta, queden transfiguradas⁴⁷.

El Espíritu Santo, con su presencia y acción, dibuja el rostro de Cristo en el cristiano, es decir, imprime profundamente y desarrolla incesantemente sus rasgos espirituales, entre ellos la alegría. “No hay tristeza que el Espíritu Santo no consuele, por muy grave que sea”⁴⁸. “El oficio del Espíritu Santo es consolar a los que están atribulados... El Espíritu Santo tiene por oficio consolar a todos”⁴⁹. Pero no olvidemos que “no vendrá el Espíritu Santo hasta que quites el amor demasiado a la criaturas. A solas quiere estar contigo”⁵⁰.

Al Espíritu Santo se le compara con el vino porque alegra el corazón y da contento: “Los sedientos venid a las aguas, y los que no tenéis dinero acercaos y tomad vino y leche de balde” Primero dice agua y luego vino y leche.

Agua porque mata y refrigera la sed y ardor del cuerpo y refresca los miembros cansados y limpia todo lo sucio.

Vino, porque te hace salir de tu seso y tomar el seso de Cristo: te quita tu parecer y voluntad y te da el parecer y voluntad y querer de Jesucristo nuestro Señor y Redentor... Vino porque da fuerza y alientos para padecer trabajos por Cristo y alegra el corazón y pone contento en todo lo adverso.

Es también *leche*, porque así trata el Espíritu Santo al ánima del que lo tiene, como a un niño que está a los pechos de su madre, y síguelo, gobiérnalo, regálalo como a un niño, así es el ayo nuestro, defensor nuestro, pedagogo de nuestra niñez⁵¹.

⁴⁷ PABLO VI, *Gaudete in Domino*.

⁴⁸ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 28: OC III, 347.

⁴⁹ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 27: OC III, 331.

⁵⁰ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 27: OC III, 328.

⁵¹ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 30: OC III, 373.

La alegría es fruto y señal de la presencia del Espíritu (Gal 5,22). Él nos conduce a la vida filial gritando en nosotros: Abba, una vida filial, como la de Jesús, llena de sencillez y alegría en la entrega confiada y agradecida y así nos alcanza la libertad, la mansedumbre, la humildad, la justicia, la paciencia, la bondad, la fidelidad.

La alegría de la esperanza. En este momento creo que es bueno recordar con S. Agustín que “el gozo en el Señor debe ir creciendo continuamente, mientras que el gozo en el mundo debe ir disminuyendo hasta extinguirse. Esto no debe entenderse en el sentido de que no debamos alegrarnos mientras estemos en el mundo, sino que es una exhortación a que, aun viviendo en el mundo, nos alegremos ya en el Señor”⁵². Y predicando en otra ocasión había proclamado: “Entonces será la alegría plena y perfecta, entonces el gozo completo, cuando ya no tendremos por alimento la leche de la esperanza, sino el manjar sólido de la posesión. Con todo, también ahora, antes de que esta posesión llegue a nosotros, antes de que nosotros lleguemos a esta posesión, podemos alegrarnos ya con el Señor. Pues no es poca la alegría de la esperanza, que ha de convertirse luego en posesión”⁵³.

Mientras peregrinamos por la tierra nuestra alegría no puede ser completa aunque un día no lejano, recuerda S. Juan de Ávila, el Señor retirará de nuestros labios la copa de la amargura y pondrá en nuestra boca un cantar nuevo: “No hay término que no llegue en las cosas que son medidas por el tiempo... A vosotros digo, que os tenéis por extranjeros en este mundo... No desmayéis en vuestros trabajos porque jurado ha el Señor quitar la copa del amargor de vuestra boca y daros eternas consolaciones. Y día vendrá y cierto y pronto vendrá, en que Dios os dé el deseo de vuestro corazón, y abrirá vuestra cárcel, y romperá las cadenas de vuestra mortalidad y pondrá en vuestra boca un cantar nuevo, y sacrificaréis a Dios en el cielo sacrificio de alabanza perpetua”⁵⁴. Incluso el miedo a la muerte desaparece cuando mirada con esperanza se torna dichosa: “¡Bienaventurada hora de la muerte corporal, pues por ella se sube a tener silla con los príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios! ¡Oh día, fin de los trabajos, fin de pecados, y en el cual el hombre sube a comenzar a servir

⁵² S. AGUSTÍN, *Sermón* 171: OBRAS DE S. AGUSTÍN vol. XXIII, 682.

⁵³ S. AGUSTÍN, *Sermón* 21: OBRAS DE S. AGUSTÍN vol. VII, 329.

⁵⁴ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 70.

al Señor de verdad, donde se consuela por los servicios tan imperfectos que acá le hizo”⁵⁵.

La alegría y la esperanza son inseparables compañeras de viaje en el itinerario que conduce al hombre hacia Dios: “Habéis de gozaros con la verdadera esperanza, es tanto el gozo, el que esta esperanza tiene, que cualquiera prosperidad desprecia, y cualquier trabajo pasa primero que ofender a Dios. No andes desmayado y triste, sino alegre y esperanzado en tan grandes bienes como están guardados. Es esto gran joya, siempre viva, en cualquier tiempo esperar en Dios, tu amor en Dios, y lo que amares en amor de Dios”⁵⁶.

Nunca hemos de olvidar que Jesús mismo presenta el premio eterno como gozo: “Entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25,25) y San Juan de Ávila lo recuerda en algunos de sus escritos⁵⁷. “Sea Él en quien esperamos, y sea Él lo que esperamos, porque de nadie podemos alcanzar a Dios, si Él no se da, ni es razón esperar de Dios cosa menor que el mismo Dios”⁵⁸.

7. La alegría cristiana, componente esencial del ministerio sacerdotal

De muchas maneras podemos resumir lo que entraña el ejercicio del ministerio sacerdotal, ahora nos puede valer el siguiente esquema: El presbítero 1) *anuncia el evangelio de la alegría*, 2) *celebra el evangelio de la alegría*, y 3) *sirve al evangelio de la alegría*.

7. 1. *Anuncia el evangelio de la alegría*

Anunciar a la persona de Cristo como fuente, contenido, sentido y meta de la alegría. Pablo VI lo repetía incansablemente: “Cristo es la alegría, la verdadera alegría del mundo” (29.3.64). La absoluta novedad y originalidad de esta alegría no destruye ni desvirtúa la consistencia y espesor humano de la alegría, sino que es su garantía más sólida y su incentivo más fuerte.

⁵⁵ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 145*: OC IV, 499.

⁵⁶ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 6*: OC III, 98-99.

⁵⁷ Por ejemplo, S. JUAN DE ÁVILA, *AF 9*: OC I, 558.

⁵⁸ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 44*: OC IV, 233.

S. Juan de Ávila recomendaba en una de sus cartas: “No viváis en vos, que moriréis, arrojaos en Él, transformaos en Él, dormid en Él... y encontraréis aquel dulcísimo panal que sobrepasa toda dulcedumbre”⁵⁹. El mayor gozo del cristiano es tener contento a Dios: “El cristiano, o no tiene más de un negocio, o éste es el principal, conviene a saber, hallar gracia delante de Dios; pues tenerlo contento es la mayor de las buenas dichas que nos pueden venir. Sin esto, ¿qué es todo, sino pesadumbre y pobreza?”⁶⁰. Y en uno de sus sermones plantea con toda contundencia la siguiente pregunta: “¿Qué aprovecha que haya Dios si no le gozamos?... No hay ninguno de quien Dios no sea Dios, pero aquel se llama estar sin Dios que, por no hacer su voluntad, no goza de él”⁶¹.

Parece que el Pablo de nuestro siglo de oro parafrasea al Apóstol de los gentiles en la carta a los romanos cuando predica: “El que está en gracia no se puede pensar cuán rico y cuán descansado está, que ni le pena pobreza, ni enfermedad, ni afrenta, ni falta de todas las cosas, porque tiene en más tener a Dios que ser señor de todas las cosas”⁶².

Juan de Ávila era un amigo apasionado de Jesucristo. Ante el Crucificado que tenía en su oratorio se deshacía en sentimientos de afecto: “No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes nos llama dulcemente a amor. La cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados. Los brazos tienes tendidos para abrazarnos. Las manos agujereadas para darnos tus bienes, el costado abierto para recibarnos en tus entrañas, los pies enclavados para esperararnos y para nunca poderte apartar de nosotros. De manera que, mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos, todo convida a amor: el madero, la figura, el misterio y las heridas de tu cuerpo. Y sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y nunca te olvide mi corazón”⁶³.

La redención de Jesucristo permite experimentar gozos inmerecidos y vivir la alegría del amor más noble: “¡Oh Padre muy amador de tus pobres hijos! ¡Quién te viera velar, trasnochar, caminar y sudar, y después morir, para con tu vida y tu muerte dejar a tus hijos ganado tanto favor y rique-

⁵⁹S. JUAN DE ÁVILA, *Carta* 82: OC IV, 344.

⁶⁰S. JUAN DE ÁVILA, *Carta* 15: OC IV, 106.

⁶¹S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 5 (1): OC III, 80.

⁶²S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 26: OC III, 312.

⁶³S. JUAN DE ÁVILA, *Tratado del Amor de Dios*, 14: OC I, 970.

zas que, aunque ellos falten en tu servicio, tengan remedios y favores y valor para ir a gozar de lo que por sí no merecieron y, alegres en el conocimiento de tus riquezas, bendigan para siempre a tu amor, que te constriñó a vivir y a morir por el bien de tus siervos! En este amor me gloriaré y confiaré, que es fortísimo; no en el flaco que yo a ti tengo”, comenta en una de sus cartas⁶⁴. Al Maestro Ávila le extraña que los hombres no respondamos al amor entrañable de Dios con un amor sincero y detallista. Y en consecuencia se pregunta: “¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues los deleites de Él son estar con los hijos de los hombres? No tiene su conversación amargura, sino alegría y gozo”⁶⁵.

Cristo, ha recordado Juan Pablo II, ha señalado el itinerario para alcanzar la verdadera felicidad y lo ha recorrido él en primer lugar: “El Sermón de la montaña traza el mapa de este camino. Las ocho bienaventuranzas son las señales de tráfico que indican la dirección que es preciso seguir. Es un camino en subida, pero Jesús lo ha recorrido primero. Y Él está dispuesto a recorrerlo de nuevo con vosotros. Un día dijo: “El que me sigue no caminará en la oscuridad” (Jn 8,12). En otra circunstancia añadió: “Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro sea colmado” (Jn 15,11). Caminando con Cristo es como se puede conquistar la alegría, la verdadera alegría”⁶⁶.

Para el verdadero cristiano nada sucede sin que la providencia divina ande por medio; de algún modo todo es don de Dios: “No dude de alegrarse en todo lo que le acaece, creyendo que son mercedes de nuestro Señor”⁶⁷. “Y advertid que no os digo esto para que algún rústico entienda por ello que quiero decir que son malos los sentimientos de Dios y sus dulzores, los cuales da a los que no le ofenden y sirven y se mortifican”⁶⁸.

El conocimiento de Dios y el gozo en El se encuentran al final de un itinerario con diversas etapas y en el que se puede experimentar que la Palabra de Dios, como el vino bueno, no se estropean con el paso del tiempo, sino que gana en calidad. “Esta es la condición de la Sagrada Escritura, que cuanto más uno sube a perfección de vida y conocimiento

⁶⁴ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 44*: OC IV, 231.

⁶⁵ S. JUAN DE ÁVILA, *AF*, 7167ss.

⁶⁶ JUAN PABLO II, *Fiesta de acogida de los jóvenes*, Toronto 25.7.2002.

⁶⁷ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 91*: OC IV, 389.

⁶⁸ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 184*: OC IV, 621.

de Dios, así va entendiendo más en un mismo paso lo que antes no entendía... No se añeja la Sagrada Escritura de Dios, siempre hallamos en las cosas que muchas veces hemos leído cosas nuevas que entender, y los secretos que, otras veces, no habíamos entendido”⁶⁹. Al final, se llega a reconocer que “aquel entiende las Escrituras, que en ellas entiende a Cristo, el cual está encerrado como grano en la espiga y como vino en la uva”⁷⁰.

7. 2. *Celebra el evangelio de la alegría*

La Palabra se anuncia, pero la Palabra hecha carne, crucificada y gloriosa, además de anunciarse, se celebra. Celebramos la alegría cristiana en los sacramentos y en la plegaria.

La Eucaristía es celebración gozosa de la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte. La fiesta de la comunidad cristiana reunida para escuchar la Palabra y participar en el banquete del cuerpo y la sangre de Cristo. En la Eucaristía encendía el Maestro Ávila su corazón en celo ardiente como si de un horno se tratara. Así Fray Luis de Granada pudo decir de él que “las palabras que salían como saetas encendidas del corazón que ardía, hacían también arder los corazones en los otros”. Nuestro santo es un enamorado de la Eucaristía, de la que habla y escribe con corazón enardecido. Particularmente a los sacerdotes aconseja una celebración fervorosa de la Santa Misa, lo cual exige recogimiento y santidad de vida. Él se pasaba horas y horas ante el sagrario, donde Cristo “se quedó por el gran amor que nos tiene”. Es un apóstol de la comunión frecuente y un precursor de la comunión diaria, siempre que estemos debidamente preparados. Insiste en la importancia de que el pueblo conozca la doctrina eucarística. Conservamos veintisiete sermones suyos sobre la Eucaristía, muchos de ellos predicados en la fiesta del Corpus, a la que le tenía especial devoción. Su sello personal era un motivo eucarístico. Y junto a la Eucaristía, el sacramento de la penitencia, al que dedicó muchas horas como confesor, sabiendo que es el lugar donde se restablece la amistad con Dios, y al que exhortaba continuamente en sus sermones

⁶⁹ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 10*: OC III, 140.

⁷⁰ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 12*: OC IV, 92-93.

La intimidad del sacerdote con Jesucristo se manifiesta particularmente en la Eucaristía. Así lo expresa el Maestro Ávila: “el trato familiar de su sacratísimo Cuerpo es sobre toda manera amigable... al cual ha de corresponder, de parte de Cristo con el sacerdote y del sacerdote con Cristo, una amistad interior tan estrecha y una semejanza de costumbres y un amar y aborrecer de la misma manera y, en fin, un amor tan entrañable, que de dos haga uno”⁷¹.

La alegría se transforma en fuerza interior cuando brota de la Eucaristía. “Permanezcamos fieles a esta ‘entrega’ del Cenáculo, al gran don del Jueves Santo, recomienda el Papa Juan Pablo II. Celebremos siempre con fervor la Santa Eucaristía. Postrémonos con frecuencia y prolongadamente en adoración delante de Cristo Eucaristía. Entremos, de algún modo, en la ‘escuela de la Eucaristía’. Muchos sacerdotes, a través de los siglos, han encontrado en ella el consuelo prometido por Jesús la noche de la Última Cena, el secreto para vencer su soledad, el apoyo para soportar sus sufrimientos, el alimento para retomar el camino después de cada desaliento, la energía interior para confirmar la propia elección de fidelidad. El testimonio que daremos al pueblo de Dios en la celebración eucarística depende mucho de nuestra relación personal con la Eucaristía”⁷².

La Confirmación es el sacramento del Espíritu Santo, fuente y origen de la alegría cristiana, como hemos visto anteriormente.

El sacramento de la Reconciliación puede llamarse con razón el sacramento de la alegría cristiana porque nos hace experimentar el perdón de Dios nuestro Padre y nos incorpora de nuevo, o con mayor fuerza, a la comunidad cristiana.

El Día del Señor es la Pascua semanal, fiesta de la alegría fraterna.

7. 3. Sirve al evangelio de la alegría

Hay una queja de San Juan de Ávila que tiene hoy plena actualidad: “Oh Señor mío, y cuán poquitos te sirven y no se sirven! ¡Y cuán muchos se aman y no te aman, y dicen que andan tras ti y andan tras sí! Andan tras la miel de las cosas divinas, y no tras la cruz que los ha de salvar. ¡Oh

⁷¹ S. JUAN DE ÁVILA, *Tratado sobre el sacerdocio*, 12: OC I, 919.

⁷² JUAN PABLO II, Carta desde el Cenáculo. A los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 2000, n° 14: Ecclesia 2993 (15.4.2000) 26-30.

amor propio y cómo eres causa de que falten vicios en las cosas espirituales!”⁷³. Y refiriéndose concretamente a los pastores de la Iglesia denuncia: “Por el descuido de las cabezas está la viña tan estragada”⁷⁴. Por eso el patrono del clero español invita a la generosidad plena en el amor y en el servicio: “Si amáis, amad mucho, pues servís, servid bien, pues a Dios habéis escogido, dejad todo lo que no es Él”⁷⁵.

Ser testigos de una alegría que es contagiosa, es nuestra tarea. Sólo la contagiamos si la poseemos y en la medida que la poseemos. El ministerio sacerdotal hoy ha de inspirarse en el ministerio apostólico reforzando nuestra condición de testigos. Y al testigo se le exige presencia, autenticidad, transparencia y continuidad. El presbítero no puede sentirse un francotirador, sino miembro de un presbiterio, presidido por el obispo, sucesor de los apóstoles, y al servicio del entero Pueblo de Dios. El ministerio divinizando humaniza, por eso no es sólo un bien para la Iglesia, sino para la sociedad entera.

Hemos de educar para la alegría: “El sacerdocio, o se vive a elevada temperatura, y entonces es una bellísima y grandiosa realidad, que llena de gozo a quienes lo viven, o se ejerce a tensión baja, tibia, lenta, y resulta entonces muy oneroso” (Cardenal J. B. Montini, 1.12.60). Viviendo con ánimo sereno y gozoso las dificultades, pruebas, fatigas originadas en el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal: EN 80. “Porque este consuelo es de perfectos, que vivan en trabajos y tomen por consuelo que la voluntad de Dios se cumpla en ellos”⁷⁶.

El pastoreo de fortalecer lo débil, sanar lo enfermo, atar lo quebrado, reducir lo desechado y buscar lo perdido es “el arte de las artes” como dice el S. Gregorio Magno. Menester es mucha prudencia para saber llevar a tanta diversidad de gente y aplicar a cada uno su medicina, menester es mucha paciencia para sufrir importunidades de ovejas sabias y no sabias, menester es mucha fortaleza para no doblegarse ante amenazas⁷⁷.

“*Hay más alegría en dar que en recibir*” (Hch 20,35). El Apóstol Pablo nos trasmite este dicho de Jesús y hace de él norte de su ministerio.

⁷³ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 184*: OC IV, 612.

⁷⁴ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 8*: OC III, 125.

⁷⁵ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 47*: OC IV, 241.

⁷⁶ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 28*: OC III, 336.

⁷⁷ Cf. S. JUAN DE ÁVILA, *Tratado del sacerdocio*, 37: OC I, 940.

Estas palabras de San Pablo nos brindan su propia experiencia; dan testimonio de que la verdadera sabiduría y, por tanto, la humanidad más plena, realizada con hondura y autenticidad, no consiste en replegarnos sobre nosotros mismos a la búsqueda de una felicidad egoísta. Consiste más bien en vivir en el amor y la verdad que es Cristo y compartir este tesoro con nuestros hermanos. Aquí tenemos el mejor antídoto contra la soledad, la desesperanza, la depresión y la tristeza. Los sacerdotes estamos llamados también a experimentar el gozo de la donación. En la cercanía a Jesús, crece y se desarrolla una relación de comunión, amistad e intimidad profundas con Él. Allí se robustece la adhesión a su persona, que implica y compromete la vida entera y dispone interiormente a los elegidos a participar de la misión salvífica de Jesús. Dóciles a la acción del Espíritu Santo, nos dejamos configurar con Cristo, Buen Pastor, para servir con generosidad a la Iglesia y a los hermanos.

La dimensión misionera de nuestro ministerio nos ha de llevar a abandonar la seguridad que proporciona la instalación religiosa, cultural, familiar, sociológica... y a salir en busca de todos aquellos que no han vivido la experiencia del amar y sentirse amados. “A quien quisiere ser padre –de almas– le conviene un corazón tierno y muy de carne para tener compasión de los hijos, lo que supone un gran martirio”, nos recuerda S. Juan de Ávila. La vida del presbítero ha de estar marcada, pues, por el riesgo y el compromiso en favor de los pobres y desheredados de este mundo, sin olvidar la pobreza mayor del ser humano que es su pecado. “Debía tener entendido el Apóstol de haberle hecho Dios pastor en su Iglesia no había sido hacerle señor, sino padre y madre de todos”⁷⁸.

“San Juan de Ávila –recuerdan los obispos de España– encarnó en su vida la pobreza y el amor a los pobres. Cuando celebró su primera Misa en Almodóvar, repartió todos sus bienes entre los pobres. Se hospedaba y vivía en casas pobres, como la que todavía se puede visitar en Montilla. Quería imitar así el ejemplo de Cristo que nació, vivió y murió en pobreza. Como criterio de discernimiento en los candidatos al sacerdocio señala el espíritu de pobreza; y de los sacerdotes dice que son “padres de los pobres”. Llama la atención de los gobernantes para que se preocupen de los pobres, eviten gastos superfluos y proporcionen trabajo para todos. Al Concilio de Trento le pide que se renueven las cofradías o hermandades

⁷⁸ S. JUAN DE ÁVILA, *Comentario a Gálatas* 42: OC II, 81.

en su proyección social y que en cada pueblo exista al menos una que cuide de los pobres. Pone como ejemplo a las que tienen un hospital, como el fundado por su discípulo San Juan de Dios. Las mismas escuelas que él fundó iban destinadas preferentemente a niños pobres, consciente de que no basta una caridad asistencial, sino que se necesita también de la promocional. Mensaje y compromiso que anima el compromiso de amor preferencial a los pobres en el que estamos empeñados”⁷⁹.

Una de las fuentes de la alegría cristiana es la fidelidad a la propia vocación, especialmente cuando ésta es la virginidad, por tratarse de una fecundidad siempre nueva: “Debe tener mucha alegría la persona que lo tuviere [el estado de virginidad], porque es estado de incorrupción y estado de fecundidad”⁸⁰.

“Siempre que me acuerdo de vosotros doy gracias a mi Dios. Cuando ruego por vosotros lo hago siempre con alegría, porque habéis colaborado en el anuncio del evangelio desde el primer día hasta hoy. Estoy seguro de que Dios que ha comenzado en vosotros una obra tan buena, la llevará a feliz término para el día en que Cristo Jesús se manifieste. Está justificado esto que yo siento por vosotros pues os llevo en el corazón, y todos vosotros participáis de este privilegio mío de estar preso y poder defender y consolidar el evangelio. Dios es testigo de lo entrañablemente que os quiero a todos vosotros en Cristo Jesús. Y le pido que vuestro amor crezca más y más en conocimiento y sensibilidad para todo. Así sabréis discernir lo que más convenga, y el día en que Cristo se manifieste os hallará limpios e irrepreensibles, cargados del fruto de la salvación que se logra por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Fil 1,3-11).

La ‘perfecta caridad’ consiste en gozarse de que Dios sea tal como es: “Traer un querer perpetuo o el más continuo que pudieres, con que siempre queráis que nuestro Señor Dios, delante del cual habéis de andar, sea en sí tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en sí mismo; así con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándose vuestra alma en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello que merece”⁸¹.

⁷⁹ CEE, *Maestro de evangelizadores*. Mensaje de los obispos españoles al Pueblo de Dios con motivo del V centenario del nacimiento de San Juan de Ávila, 2000.

⁸⁰ S. JUAN DE ÁVILA, *AF cap 105*: OC I, 764.

⁸¹ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 26*: OC IV, 162.

La paternidad espiritual del sacerdote

Tener para con Dios corazón de hijo leal y para con sus parroquianos corazón de verdadero padre y verdadera madre es el lema que nos señala San Juan de Ávila sin olvidar que: “La ley del amor pide esto: quiere que ‘lloremos con los que lloran y que nos gocemos con los que se gozan’. Cosa usada es entre los que se aman ser común a ellos la alegría y la tristeza; de tal manera que si vos amáis a alguno mucho y le sucede alguna cosa de que se debe alegrar, vos también os alegráis como si a vos mismo os sucediera; y, por el contrario, os entristecéis si alguna cosa adversa le viene”⁸².

“Sobre todo conviene al cura tener verdadero amor a nuestro Señor Jesucristo, el cual le cause un tan ferviente celo que le coma el corazón con pena de que Dios sea ofendido, y le haga procurar cómo las tales ofensas sean quitadas, y que sea honrado Dios y muy reverenciado, así en el culto divino exterior como en el interior, teniendo para con Dios corazón de hijo leal y para sus parroquianos de verdadero padre y verdadera madre”⁸³. La paternidad espiritual⁸⁴ tiene dos fases: la generación espiritual por obra de la Palabra con que se suscita la fe, y la crianza y cuidado continuo a lo largo de la vida del renacido al Espíritu.

“Si son buenos los hijos –dice san Juan de Ávila– dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza muy triste. Así no es el corazón del padre sino un recelo continuo y una continua oración, encomendando al verdadero padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de la vida de ellos, como san Pablo decía: *Yo vivo si vosotros estáis en el Señor* (1 Tes 3,8)”. Recelo continuo, esto es, prevención, vigilancia, inquietud ante los peligros que amenazan. Y oración continua, encomendando al verdadero Padre, que es Dios, la salvación de los hijos, que en definitiva a El sólo corresponde. Y entre la inquietud y la confianza, el pastor tiene ‘la vida colgada de ellos’, los hijos. Una frase que se contrapone a otra del propio Juan de Ávila y que empalma con una análoga de

⁸² S. JUAN DE ÁVILA, *Homilía ¿A quién te compararé hija de Sión? Soledad de María*: OC III, 895.

⁸³ S. JUAN DE ÁVILA, *Tratado sobre el sacerdocio*, 39: OC I, 941.

⁸⁴ La idea de ‘paternidad espiritual’ es de origen paulino: “Per Evangelium ego vos genui” (1 Cor 4,15) y aquella otra expresión: “Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis” (Gal 4,19).

san Juan Crisóstomo, en la que dice que la vida del pueblo cristiano está colgada de la de sus sacerdotes”⁸⁵.

“A quien quisiere ser padre, le conviene tener un corazón tierno y muy de carne para haber compasión de los hijos, lo cual es un gran martirio; y otro de hierro, para sufrir los golpes que la muerte da, porque no derriben al padre, o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar, o pasar algunos días que no entienda sino en llorar, lo cual es inconveniente en los negocios de Dios en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar, sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reír con otros”.

“Porque —explica Fr. Luis de Granada en la biografía de S. Juan de Ávila— como el amor de los padres con los hijos les hace trabajar y sudar para criarlos y sustentarlos, y a veces ir hasta el cabo del mundo, atravesando los mares, por buscarles remedio de vida, así el amor sobrenatural que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los que han de ser padres espirituales, les hace ofrecer aún a mayores trabajos y peligros con el deseo de aprovecharlos. Porque no es menor ni menos eficaz este amor espiritual que el carnal para este oficio, lo cual testifica san Ambrosio: “No es menor el amor espiritual que tengo a los hijos que engendré con la palabra del evangelio, que si corporalmente los engendrara, porque no es menos poderosa la gracia que la naturaleza”.

Humildemente felices

Pablo, desde la cárcel, exhorta paradójicamente a los de Filipos a la verdadera alegría. La que se funda en el Señor, en que el Señor está cerca. “Soportadlo todo con paciencia y entereza, llenos de alegría”, les dice a los colosenses (1,11). La alegría es una felicidad humilde porque no nos pertenece, nos es dada. Lo contrario de esta felicidad no es la tristeza sino el miedo. ¿Qué le lleva al tercer hombre de la parábola a guardar su talento? (Mt 25,14-30). Hay una preciosa acepción castellana de la palabra gozo: “llamarada viva que produce la leña menuda y seca al arder”. Al cristiano que se decide a ser leña que arde para los demás no le puede hundir la tristeza de un modo habitual. La ‘perfecta alegría’ de san Francisco

⁸⁵ I. TELLECHEA, *Juan de Ávila, el Maestro*, en *San Juan de Ávila Maestro de sacerdotes*, Edice, Madrid 2000, 53.

es la que se conserva viéndose rechazado y expulsado de la propia casa por los mismos hermanos.

“El que fuere pobre, se alegre y regocije, pues Jesucristo viene pobre. Consuélese el que no tiene qué comer, pues el Señor vino con tanta pobreza, que no teniendo una vez qué comer envió una vez a sus discípulos a coger unas espigas para que comiesen. Consuélese el desconsolado viendo a Cristo tan sin consuelo; consuélase el desnudo viendo a Cristo tan sin abrigo y morir desnudo. Que viene a consolar también a los pobres del ánima. ¿Quién es pobre en el ánima? Todo pecador que no halla en sí obra buena”⁸⁶.

“Sábete que tienes una Madre en los cielos, que se duele de tus fatigas más que tú mismo te dueles, y así procura de remediarlas”⁸⁷.

“Si vuestra merced quiere saber que cosa es andar la mano de Dios en el alma; si quiere beber en la tierra una gotilla del deleite de Dios; si quiere llegarse a ver la visión de cómo Dios está en la zarza y no se quema la zarza aunque arda, no aguce tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para purificarlo”⁸⁸.

“Eso es otro duelo, hijos, guardaos de la tibieza, por quien Dios es. Oh carcinoma y cuántas ropas has comido y roído! ¡Cuántos tiene perdidos! La tibieza es madre de la tristeza, del temor, madre del desasosiego, del desconsuelo, y lo que comencéis creedme que en eso acabareis..., si con tibieza comenzáis, con tibieza acabareis”⁸⁹.

Según San Juan de Ávila la oración es condición imprescindible para ser sacerdote, porque ella en sí misma es apostólica: “que no tome oficio de abogar si no sabe hablar”⁹⁰. A los Obispos les recomienda que no ordenen a quienes no tengan el don de la oración⁹¹. “Y por la oración entendemos aquí una secreta e interior habla, con que el alma se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora dando gracias, ahora

⁸⁶ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 3*: OC III, 54.

⁸⁷ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 67*: OC III, 908.

⁸⁸ S. JUAN DE ÁVILA, *Carta 10*: OC IV, 55.

⁸⁹ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón 62*: OC III, 837.

⁹⁰ S. JUAN DE ÁVILA, *Plática 2ª a sacerdotes 2ª*.

⁹¹ Cf. S. JUAN DE ÁVILA, *Plática 2ª a sacerdotes*: OC I, 805.

contemplando, y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios”⁹².

“Sobre todo conviene al cura tener verdadero amor a nuestro Señor Jesucristo, el cual le cause un tan ferviente celo que le coma el corazón con pena de que Dios sea ofendido, y le haga procurar cómo las tales ofensas sean quitadas, y que sea honrado Dios y muy reverenciado, así en el culto divino exterior como en el interior, teniendo para con Dios corazón de hijo leal y para sus parroquianos de verdadero padre y verdadera madre”⁹³.

Hoy, urgidos por tantas demandas y preocupados por tantas cosas, necesitamos fortalecer esta dimensión de la caridad pastoral. Nuestros presbiterios tienen que mejorar en oración y en contemplación, en tiempo gratuito dedicado al Señor, donde vayamos adquiriendo los mismos sentimientos de Cristo. Tenemos que idear todavía nuevas formas de apoyo para que los sacerdotes cuiden este aspecto fundamental del ministerio. Como decía el Papa Juan Pablo II en su última carta a los sacerdotes, hemos de entrar en la ‘escuela de la Eucaristía’ y encontrar en ella el secreto para vencer la soledad, el apoyo contra el desaliento, la energía interior que reafirme nuestra fidelidad. Así lo han hecho tantos sacerdotes a través de los siglos. Así lo hizo de una manera muy notable nuestro Patrono.

⁹² S. JUAN DE ÁVILA, *AF 71*: OC I, 686.

⁹³ S. JUAN DE ÁVILA, *Tratado sobre el sacerdocio*, 39: OC I, 941.